

## INTRODUCCIÓN

RAÚL GONZÁLEZ SALINERO

UNED, Madrid

El historiador, hoy, busca, analiza e interpreta los hechos, no solo basándose en lo que las fuentes dicen *expressis verbis*, sino también utilizando los múltiples recursos teóricos: elaboración de nuevas hipótesis, ensayo de nuevas formas de análisis, propuesta de una nueva metodología, revisión de «viejas» teorías historiográficas, etc. En definitiva, el historiador de la Antigüedad, hoy, se enfrenta casi siempre a la ardua tarea de intentar «desmontar» el paradigma, erradicar los tópicos historiográficos al uso, y formular, siempre que sea posible, «nuevas» teorías para la mejor comprensión y explicación de los hechos históricos\*.

### GONZALO BRAVO Y LA RENOVACIÓN DEL DISCURSO HISTÓRICO

Nada de especulación gratuita ni de conformismo historiográfico. Nada de preciosismo estilístico ni de idealismo engañoso. La interpretación de los hechos e ideas que han configurado las diferentes sociedades históricas puede alcanzar el rango de verosimilitud siempre que no se construya en detrimento del ansiado principio de veracidad al que todo historiador honesto desea fervientemente encaramarse. Aunque la obra historiográfica de Gonzalo Bravo, cuyos fundamentos apenas pueden esbozarse en esta breve presentación, ha mantenido como constante un irrefrenable impulso hacia la «objetividad pragmática» –estrechamente vinculada a los datos extraídos directamente de las fuentes de información seguras–, resulta muy significativo que el subtítulo de su más reciente estudio de conjunto sobre la Roma antigua recoja el adjetivo «realista». Nuestro autor, en efecto, ha querido comprimir en dicho adjetivo el principio metodológico al que, desde los mismos inicios de su investigación, se ha sometido de manera

---

\* Bravo, 2012b, p. v.

insoslayable. Es cierto que dicha historia se aleja conscientemente de toda hipótesis indemostrable, de la misma forma que estrecha el cerco a la fuente en apariencia impenetrable prestando atención únicamente al «dato» que puede ser corroborado o que cuenta con un alto grado de plausibilidad. Reflejo de ello es la importancia que Gonzalo Bravo ha concedido siempre a la prosopografía como instrumento metodológico para acceder a la realidad documentada y comprobable relativa a los diferentes sujetos históricos<sup>1</sup>. Pero, según su concepción de la historia, el adjetivo «realista» implica también un posicionamiento historiográfico anclado en un inamovible asidero epistemológico, a saber, su radical oposición a cualquier dogmatismo historiográfico. Ya en sus primeros trabajos publicados a finales de los años setenta del siglo pasado asomaba con descaro un inconformismo incómodo para ciertas escuelas historiográficas<sup>2</sup>. Tomando de refilón la conocida imagen que de sí mismo aparentemente presentó Antonio de Nebrija como «debelador de la barbarie»<sup>3</sup>, me atrevería a afirmar que, salvando lógicamente las distancias, Gonzalo Bravo ha sido –no por atribución propia, sino por la evidencia misma– un incansable «debelador de los mitos historiográficos» que tanto han perjudicado a la historia antigua de Roma. Esto es lo que, a mi modo de ver, significa «una historia realista».

A pesar de que su excelente formación en el seno del ya plenamente consolidado grupo –si no «escuela»– de Historia Antigua de la Universidad de Salamanca<sup>4</sup> le permitió descubrir el mundo antiguo desde una magnífica atalaya –sobre la que cimentaría una erudición poco corriente–, pronto afloraron en Gonzalo Bravo las ganas de volar, de conocer lo que se estaba fraguando en las cercanas y, al mismo tiempo, lejanas universidades europeas. Sintió entonces la necesidad de viajar al extranjero –nada habitual entonces– y empaparse de los importantes avances que, en esos momentos, se estaban produciendo en el campo historiográfico. Deseaba descubrir nuevas teorías, otras vías de interpretación.

Primero vino el Reino Unido. En la Universidad de Cambridge conoció a profesores ya consagrados como Joyce Reynolds (su tutora) o Moses I. Finley, y a otros como Mary Beard, Richard Duncan-Jones o Peter Garnsey que, como él, estaban comenzando a consolidar sus respectivas carreras académicas. Después, Alemania: el Instituto Goethe de la Universidad de Friburgo y el Instituto de Historia Antigua (Altertumskunde. Alte Geschichte)

<sup>1</sup> Bravo, 1990; 1996; 1998a; 2002.

<sup>2</sup> Bravo, 1976; 1977; 1978.

<sup>3</sup> Martín Baños, 2019, pp. 223-224, 316, 517.

<sup>4</sup> Bravo, 1991a, pp. 215-217.

de la Universidad de Colonia, donde trabajó, entre otros, con Werner Eck y Friedrich Vittinghoff. Tras varios congresos y publicaciones en la DDR (Leipzig, Berlín), su experiencia en el extranjero se cerró, ya en plena madurez académica, con una última, larga y provechosa estancia de investigación en la Universidad de Harvard en el año 2004.

Los avatares de la vida, impredecibles y caprichosos, le llevaron durante un corto período de tiempo a la Universidad de Extremadura. Y, finalmente, recaló en la Universidad Complutense, donde se hizo verdaderamente maestro. Son testigos de ello sus innumerables alumnos y discípulos. En esta universidad ha ejercido la docencia durante más de cuarenta años. ¡Cuántas generaciones no habrán pasado por sus manos con la impronta del mundo antiguo en su corazón o al menos en los nebulosos recuerdos de su experiencia universitaria!

Evocando el famoso verso de Terencio puesto en boca del personaje Cremes<sup>5</sup>, *homo sum, humani nihil a me alienum puto* (es decir, «hombre soy, de lo humano nada me es ajeno»), podríamos afirmar que a Gonzalo Bravo «nada del mundo romano le es ajeno» (*mundi romani nihil ab ille alienum putat*). De ahí que sintiera el impulso de fundar una asociación nacional para promocionar el estudio de la antigua Roma con el único fin de crear un foro permanente de debate en el que, además de los especialistas y profesores consagrados, pudieran participar y contribuir con sus aportaciones los investigadores noveles, aquellos que apenas se habían adentrado en los intrincados vericuetos de la investigación, pero a quienes se les reservó ya un espacio en todas las publicaciones de la futura asociación. Así nació en julio de 2001 la AIER (Asociación Interdisciplinar de Estudios Romanos), que el profesor Bravo presidió durante toda su andadura hasta finales de marzo de 2023. Prueba de la provechosa actividad desarrollada durante sus más de veinte años de su vigencia académica y científica es la publicación regular de las actas de todos sus coloquios. ¡Vieron la luz ni más ni menos que dieciocho volúmenes!

Muchos son los ámbitos de estudio referentes al mundo antiguo<sup>6</sup> –y especialmente romano– a los que el profesor Gonzalo Bravo ha prestado atención y en los que ha indagado con solvencia y genialidad. Su labor investigadora y su actividad docente han superado todos los límites de lo

---

<sup>5</sup> *Heautontimorumenos* («El que se atormenta»), 77, después repetido por Séneca en sus *Epistulae morales ad Lucilium*, 95, 53.

<sup>6</sup> No me resisto a mencionar –aunque sea solo de pasada– sus célebres manuales de *Historia del mundo antiguo. Una introducción crítica* (1994) y *Nueva historia de la España antigua. Una revisión crítica* (2011), que cuentan con numerosas reediciones.

humanamente previsible por su enorme generosidad, constancia y pasión. Muchos han sido, en efecto, los temas que ha estudiado en su prolífica producción científica. Resultaría imposible glosar todos ellos en tan reducido espacio. Por ello, centraré mi atención en aquellas líneas de investigación en las que, a mi entender, mejor pueden apreciarse los rasgos definitorios de la renovación del discurso histórico que, desde sus primeros pasos<sup>7</sup>, emprendió para disgusto de una buena parte de la «vieja guardia» y que ha constituido la médula espinal de su ingente obra historiográfica.

Aunque apenas llega a una veintena de páginas –si bien con abundante aparato crítico–, su análisis del «imperialismo» romano, diferenciándolo del concepto de «hegemonía»<sup>8</sup>, ha abierto nuevos interrogantes que han dado lugar en los últimos años a resultados sorprendentes. Su minucioso examen de las fuentes coetáneas desde una perspectiva fundamentalmente ideológica, es decir, desde los principios de la teoría política aplicados a la realidad de cada tiempo histórico, le condujo a la configuración de un modelo tipológico del poder ejercido por los Estados dominantes en vistas a una mayor clarificación conceptual<sup>9</sup>. Por esta misma razón, consideró oportuno poner en tela de juicio la clásica denominación institucional del llamado, según él impropiamente, «primer Triunvirato» del año 60/59 a. e. c. A pesar de que la triada de magistrados constituía una fórmula de poder reconocida desde antiguo, al menos desde que la legislación gracana instituyera a los *triumviri* o *tres viri agris dandis et adsignandis* con funciones efectivas para organizar el reparto de tierras y, con el tiempo, surgieran los *tresviri monetales* para controlar la acuñación de moneda o los *triumviri (tresviri) capitales* para supervisar la ejecución de las penas de muerte y asumir la vigilancia nocturna (*tresviri nocturni*)<sup>10</sup>, lo cierto es que la coalición política formada por Julio César, Pompeyo y Craso no pasaba de ser formalmente

<sup>7</sup> Bravo, 1977, 1980b.

<sup>8</sup> Según sus propias palabras, «en la Antigüedad la hegemonía de un Estado sobre otros fue más frecuente que el “imperialismo” propiamente dicho [...]. Esta distinción suele fundamentarse en el hecho de que, mientras la forma imperialista de dominación exige que las motivaciones y fines del Estado opresor sean “conscientemente” imperialistas, la forma hegemónica de dominio no implica necesariamente la integración de territorios ajenos sino solamente su control» (1989a, p. 110).

<sup>9</sup> Bravo, 1989a, pp. 109-112; 2023, pp. 75-86. Poniendo al Imperio romano en primer plano, son especialmente interesantes las reflexiones que ha despertado en Brent D. Shaw (2022) la atenta lectura de los dos volúmenes de la obra colectiva dirigida por Fibiger Bang, Bayly y Scheidel (2021). Sobre los conceptos de «hegemonía» e «imperialismo», tema de investigación de primer orden en la historiografía actual –como muy bien supo ver en su momento Gonzalo Bravo–, *vid.* en concreto Shaw, 2022, pp. 527-530.

<sup>10</sup> Poma, 2002, p. 71; Viñas, 2013, p. 163.

un simple acuerdo privado de *amicitia* (o «partnership» en la terminología anglosajona), sin refrendo institucional alguno<sup>11</sup>. No ocurriría lo mismo con el «auténtico» Triunvirato (*triumviri rei publicae constituendae*) del año 43 a. e. c. formado por Antonio, Lépido y Octavio, que contaría con el reconocimiento legal de la *lex Titia*<sup>12</sup>.

Uno de los mitos historiográficos que han ofrecido –y aún ofrecen– más resistencia a su desaparición y que con mayor ahínco Gonzalo Bravo ha tratado de arruinar ha sido el de la supuesta «crisis generalizada del siglo III»<sup>13</sup>. Tal y como el profesor Bravo ha defendido en numerosos trabajos, para poder asumir el término de «crisis» aplicado a una determinada época es necesario descartar la variable coyuntural, de forma que pueda verificarse que el propio sistema ha sido profundamente afectado, radicalmente modificado. La variabilidad de los fenómenos históricos sometidos a las coordenadas espacio-temporales le llevó a definir el siglo III como una época caracterizada sobre todo por las fluctuaciones, devaluando al respecto cualquier certeza de colapso generalizado. Es cierto que en el ámbito político el control del poder central sobre los territorios imperiales sufrió –especialmente en la segunda mitad del siglo– un acusado debilitamiento que condujo a la pérdida momentánea de la unidad del Imperio, dando lugar incluso a la aparición de varios emperadores legítimos y usurpadores a un mismo tiempo (en Occidente, los emperadores galos; en Oriente, el gobierno autónomo de Palmira). También es cierto que en el período comprendido entre el año 235 y el 284 alcanzaron el poder numerosos emperadores, casi todos ellos elegidos por el ejército y vulnerables ante los diferentes pronunciamientos militares de las legiones. Sin embargo, no puede admitirse la teoría de la historiografía tradicional según la cual esta aparente inestabilidad política –que no se verifica, por ejemplo, en el caso del largo gobierno de Galieno<sup>14</sup>– estaría íntimamente relacionada con una supuesta «crisis económica» generalizada que habría afectado fatalmente a todo el Imperio y que se habría caracterizado por una alarmante baja productividad, escasez de recursos y alimentos, devaluación monetaria, pérdida drástica de poder adquisitivo, especulación,

<sup>11</sup> Aunque E. J. Watts (2019, pp. 193-194) considera que estos tres dignatarios alcanzaron un acuerdo político sin cobertura legal, no renuncia a la denominación tradicional de esta particular alianza como «Primer Triunvirato». En cambio, la posición historiográfica defendida por el profesor Bravo ha sido asumida últimamente incluso por los romanistas (por ejemplo, Andrés Santos, 2015, p. 88).

<sup>12</sup> Bravo, 1989a, pp. 137 y 142; 2023, pp. 100-101, 337. Cfr. Syme, 2010, pp. 237-239, 279-280.

<sup>13</sup> Vid. para lo que sigue Bravo, 1989a, pp. 208-224; 2012a; 2016; 2023, pp. 157-173.

<sup>14</sup> Magdalena Anda, 2022.

presión fiscal, etc. De haberse producido todos estos fenómenos adversos a la vez y en el grado extremo en que han supuesto algunos historiadores, el sistema imperial romano se habría paralizado por completo y se habría visto abocado a la ruina más absoluta. Y, sin embargo, sabemos que esto no sucedió. Partiendo de un análisis minucioso de las fuentes –tanto literarias y documentales, como arqueológicas y numismáticas–, Gonzalo Bravo examinó la situación política, socioeconómica y cultural desde una perspectiva regional, lo que le permitió comprobar que hubo ciertas oscilaciones en el ritmo de degradación y recuperación de los parámetros que definían el progreso, estancamiento o declive de una sociedad determinada y de un territorio concreto. Mientras que algunas provincias ofrecen durante este período signos inequívocos de auge económico o de cambios coyunturales que no afectaron en absoluto a su estructura socioeconómica, otras, en cambio, revelan ciertos indicios de depresión económica que lastró muy significativamente su desarrollo social, tanto en el ámbito urbano como rural. En esos casos, el profesor Bravo se muestra proclive a utilizar más bien el concepto de «crisis coyuntural».

Nuestro autor tampoco se dejó engañar por el cuadro pesimista presentado por algunos autores coetáneos como el obispo Cipriano de Cartago o el senador Casio Dion. Gracias al análisis crítico al que sometió a estas fuentes, pudo detectar que el primero introdujo subrepticamente en su discurso ideológico elementos escatológicos recibidos de la tradición literaria cristiana<sup>15</sup>, y el segundo, miembro insigne de la élite senatorial, atribuía los «malos tiempos» a la discriminación de su *ordo* provocada por la promoción dentro de la administración imperial, al menos desde la época severiana, de los ecuestres en detrimento de los senadores. Pocos historiadores como el profesor Bravo podrán comprender hasta qué punto este prejuicio del escritor senatorial invalidaría de alguna forma la percepción pesimista que tuvo de su propia época. Sus estudios sobre los orígenes y funciones de la figura del *praeses* ecuestre como gobernador provincial en sustitución de los senatoriales en cuanto *agentes vice praesidis* permiten apreciar a partir del siglo III un cambio significativo en los cuadros administrativos provinciales que no era en absoluto del grado de Casio Dion. La asimilación de las atribuciones senatoriales y ecuestres en la función praesidial (*virī perfectissimi*, *virī egregii*, e incluso *virī clarissimi praesides*), que terminaría por favorecer generalmente al elemento ecuestre, actuó ya en época de Diocleciano –si no antes– como elemento nivelador de las diferencias de estatus social entre los gobernadores<sup>16</sup>.

<sup>15</sup> Bravo, 2018-2019.

<sup>16</sup> Bravo, 1988b; 1989a, p. 234; 2006a.

Gonzalo Bravo reconoce que hubo transformaciones y cambios, tanto a nivel imperial como provincial, pero no «crisis generalizadas» que afectasen por igual a todos los territorios y ámbitos sociales. Incluso aquellas regiones que sufrieron dificultades en determinados momentos y en ciertos sectores económicos pudieron gozar de prosperidad en otros períodos en los que soplaron vientos favorables. Por ello, de los resultados de la investigación llevada a cabo por el profesor Bravo podríamos asumir sin dificultad alguna la idea de que el siglo III fue sobre todo una época de «fluctuaciones» que se debatía entre la continuidad y el cambio. Según sus propias palabras, «el Imperio sobrevivió al siglo III, pero lo hizo a un alto precio: transformando instituciones milenarias como el Senado, promoviendo a nuevas familias, responsabilizando a los ecuestres de los altos cargos del Estado, suprimiendo privilegios seculares, reformando la estructura del ejército, amurallando las ciudades y reduciendo su área urbana, perdiendo, de hecho, la capitalidad de Roma y, en fin, permitiendo la difusión de nuevas religiones como el cristianismo, que rechazaba la religión romana tradicional»<sup>17</sup>.

Dos emperadores de época tardoimperial han despertado en él un especial interés: a Diocleciano le dedicó su tesis doctoral<sup>18</sup>, pero es tal la inclinación que siempre ha tenido hacia el emperador artífice del sistema tetrárquico que no ha podido evitar volver a él de forma recurrente<sup>19</sup>. De hecho, ahora se encuentra en pleno proceso de revisión de su figura, como resultado del cual verá la luz una monografía que auguro tendrá un gran impacto entre quienes nos dedicamos preferentemente al mundo tardoantiguo. El segundo emperador que ha estudiado en profundidad ha sido Teodosio<sup>20</sup>. Los estudios prosopográficos acerca del supuesto «clan hispano» vinculado de alguna manera con este emperador han resultado, a mi modo de ver, decisivos<sup>21</sup>.

¿Y qué afirmar, en definitiva, acerca de sus valiosas e innovadoras aportaciones al estudio del fenómeno bagáudico? Su gran tema, el que ha ocupado muchas de sus vigiliyas y, estoy convencido, ha tenido presente incluso en sus horas de sueño. Gracias a su exhaustiva investigación de este transcendental fenómeno histórico surgido en una época de cambio o «transición» –por

<sup>17</sup> Bravo, 2023, p. 173.

<sup>18</sup> Bravo, 1980a.

<sup>19</sup> Bravo, 1987; 1988b; 1989b; 1991b; 1997; 2010a; 2017.

<sup>20</sup> Bravo, 2010b. En palabras de Thomas Brauch (2021, p. 110, n. 1), «much of the new outlook on Theodosius I is presented in Gonzalo Bravo, *Teodosio: último emperador de Roma, primer emperador católico* (Madrid, 2010) [...]».

<sup>21</sup> Bravo, 1996; 1998a, 2002. Así lo reconoce, entre otros autores, el citado Thomas Brauch (2021, p. 129).

utilizar un término que le es muy querido y al que ha dedicado también muchas páginas<sup>22</sup>–, ya no podemos considerar a los bagaudas únicamente como campesinos<sup>23</sup>. En los más de veinte trabajos que les ha dedicado (que, actualizados, tiene pensado recopilar en una próxima monografía)<sup>24</sup>, Gonzalo Bravo ha demostrado sobradamente que los bagaudas fueron grupos organizados de resistencia, tanto de extracción rural como urbana, que operaron en las provincias del Occidente romano entre mediados del siglo III y mediados del V, pero diferenciando el carácter de los diferentes movimientos: mientras que a fines del siglo III las revueltas eran de campesinos, las del siglo V incluían en su seno elementos de grupos urbanos –incluso de origen eclesiástico– y adquirieron la forma de un conflicto sociopolítico que logró reunir a una gran parte de los segmentos sociales intermedios apoyados circunstancialmente por algunos grupos de origen bárbaro. El estudio en profundidad del conflicto bagáudico emprendido por el profesor Bravo ha desmantelado por completo cualquier tentativa de minimizar su importancia aduciendo su supuesta escasa trascendencia social o su carácter excesivamente local, pretextos que, como ha demostrado nuestro autor, entran en flagrante contradicción con el testimonio de fuentes diversas (Salviano de Marsella o Hidacio), aunque coincidentes en sus apreciaciones sobre el descontento generalizado en las provincias galas e hispánicas durante este crucial período histórico.

#### EL «CONFLICTO SOCIOPOLÍTICO»

Según la acertada y certera opinión de Luciano Canfora, resulta inconcebible pensar en las civilizaciones de la Antigüedad sin tener presentes las fuerzas de las que se nutre el permanente conflicto del que surgieron. El mundo clásico no puede explicarse adecuadamente sin la dimensión conflictual que, desde sus mismos orígenes, lleva en su seno. Evocando el conocido pasaje de uno de los diálogos platónicos (*Fedón*, 109b) en el que el filósofo afirmaba que «habitamos en una pequeña porción, viviendo en torno al mar como hormigas o ranas en torno a una charca», el profesor Canfora no se resiste a puntualizar que «le rane intorno al Mediterraneo rappresentano il conflitto permanente che si snoda e si sviluppa in quest'area del

<sup>22</sup> Bravo, 1983; 1994; 1998b; 1999; 2001.

<sup>23</sup> Lejos quedaban, en efecto, los confusos –y desenfocados– planteamientos de historiadores como Thompson, 1981 (orig. 1974) o Sánchez León, 1996. *Cfr.*, no obstante, Montecchio, 2012.

<sup>24</sup> A modo de selección, cabría mencionar los trabajos de 1984; 1985; 1988a; 2013; 2015; 2020.

mondo»<sup>25</sup>. Aunque su origen suele hallarse en concepciones ideológicas opuestas, la idea de conflicto no puede ser ajena al ejercicio de la violencia, cuyas manifestaciones, ya sean en su vertiente bélica, jurídica o política, afectan necesariamente al ámbito social. Según Eduardo González Calleja, «la violencia parece ser un factor, contingente pero habitual, de todo conflicto social y político. El papel de la violencia en los cambios políticos ya había sido destacado por Aristóteles, y Maquiavelo lo situó en el centro de la acción de gobierno. De forma que, desde el pensamiento político clásico, la violencia aparece como un ingrediente fundamental en los juegos de poder [...]»<sup>26</sup>. No hay conflicto político que no venga acompañado de violencia –aunque esta sea implícita como resultado de la coerción o la amenaza–, ni que no tenga una inmediata respuesta social, ya sea adversa o confirmatoria. Y tampoco puede ignorarse que, cuando esa misma violencia emerge como reflejo de las tensiones sociales, el poder político puede tambalearse hasta el punto de desestabilizar o incluso destruir el orden establecido<sup>27</sup>. Como ya ha sido mencionado, el caso de los movimientos bagáudicos resulta, sin duda, paradigmático.

Precisamente este concepto de «conflicto sociopolítico» –sobre el que Gonzalo Bravo tanto ha meditado desde su misma Tesis Doctoral– ha determinado de manera decisiva el tema genérico del presente volumen<sup>28</sup>. En la que a mi entender constituye su obra magna, *Poder político y desarrollo social en la Roma antigua* (publicada en 1989), reflexionaba en estos términos:

El proceso de expansión y dominio romano [...] no cabe interpretarlo exclusivamente en términos de evolución política porque dicho proceso político

<sup>25</sup> Canfora, 2016, p. 22.

<sup>26</sup> González Calleja, 2003, p. 261.

<sup>27</sup> Es habitual que para desactivar esas tensiones sociales el poder político promueva una salida del conflicto hacia el exterior, aun a riesgo de sucumbir ante una fuerza superior. Focalizando su atención en el mundo romano durante la época de la República agonizante y la del ascenso del poder «tiránico» plasmado en el nuevo orden imperial, el profesor Hermosa Andújar no pudo expresarlo mejor que con las siguientes palabras: «La unión de la sociedad apenas logra reunir, salvo ocasionalmente, las partes que la dividen y cuando logra su paz interna es, paradójicamente, a costa de la externa, su tranquilidad a costa de poner en peligro su supervivencia» (2023, p. 21). Tampoco habría que olvidar la instrumentalización del miedo de la plebe al hambre, «que irrumpe en la escena política diseminando anarquía», aunque al mismo tiempo procuraba un medio eficaz para el control político a través de la oportuna distribución de alimentos (Hermosa Andújar, 2023, pp. 99-101 y 104).

<sup>28</sup> Las agudas reflexiones de Gonzalo Bravo (2006b) sobre la teoría del conflicto en el Occidente tardoantiguo siguen teniendo, a mi juicio, plena vigencia.